

«Propitio ac sereno vultu» del Canon de la Misa

Los documentos más antiguos de las instituciones históricas, en nuestro caso las del Cristianismo, suelen ser a veces bastante oscuros, porque se interpone la lejanía del tiempo, y porque siendo los más auténticos, la ignorancia y el error tratan con frecuencia de envolverlos en la opacidad de la confusión. Algo parecido ocurre también con los testimonios litúrgicos más primitivos, cuyo origen se pierde en la neblina de los primeros siglos de la santa Iglesia. Encontramos en el canon romano de la misa fórmulas y pensamientos, que arguyen dentro de la complejidad secular de su trama teológica y expresiva, una tradición indiscutible, primitiva y originaria, pero cuyo hilo conductor y de enlace no se descubre tan fácilmente entre los múltiples y desiguales elementos que han contribuido diacrónicamente a su elaboración y fijación. Hemos de considerar que el pensamiento y sentir del Cristianismo transfirió y transformó en el campo ideológico y litúrgico el contenido y formas del lenguaje precristiano. Estas transformaciones, transferencias y metasemias se encuentran por lo mismo en las fórmulas de la parte más sagrada de la liturgia, del canon romano de la misa, que ha recogido en una serie y sistema equilibrado variados y dispersos elementos, sobre todo, de los Sacramentarios Leoniano, Gelasiano y Gregoriano.

Reduciendo y limitando nuestro centro de observación, vemos que se dan ciertos grupos binarios, que han cristalizado en fórmulas rituales y estilísticas, que no son, algunas, propiamente creaciones o innovaciones de la Iglesia, sino más bien aplicaciones de otras similares de la literatura religiosa precristiana, renovadas por ella con un nuevo espíritu, al referirlas al verdadero Dios o a sus atributos, purificadas de todo resabio de politeísmo. Han experimentado una transferencia doctrinal y semántica, que del objeto y fin a que van dirigidas reciben toda su nueva luz

y valor sobrenatural. Las mismas flores y ofrendas pueden ofrecerse a Venus o a la Virgen Santísima, pero su intención, su culto y su virtud serán diametralmente opuestos y valorables. Algunas incluso de estas fórmulas guardan bellezas y esencias poéticas, anteriores a su uso litúrgico, que esmaltan con noble brillo el lenguaje espiritualista y simbólico de los ritos cristianos.

De entre tales grupos-fórmulas enumeramos unos pocos:

*de tuis donis ac datis
propitio ac sereno uultu
pro spe salutis et incolumitatis suae
omnis honor et gloria
hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam
quem pura et sancta refecerunt sacramenta*

Vamos a fijar nuestra atención y estudio en el segundo de estos grupos. No entramos aquí en la historia de sus fuentes cristiano-litúrgicas, aspecto ya estudiado y desarrollado por los liturgistas ¹. Nosotros nos referimos a su origen semántico y formal y a su tradición literaria.

∴

La forma lingüística y literaria de este grupo binario, que no es, ni tampoco el de los otros grupos citados, sinonímico, no tiene origen bíblico, como lo tiene por ejemplo *omnis honor et gloria* (*Rom.* 16, 27; *1 Tim* 1, 17, etc.). La agrupación de estos dos términos en cadena sintagmática no se encuentra en las versiones bíblicas.

Remontándonos en la tradición litúrgica y resumiendo las ideas históricas fundamentales, puede decirse que el canon romano se elabora en sus líneas generales en el siglo IV, y sufre arreglos de los siglos V al VII ². Los textos antiguos del canon romano conservados pueden dividirse en dos clases, A y B: A es la más antigua, y por la tradición irlandesa puede remontar al principio del siglo VII; B, que se encuentra en el único ms. existente de la recensión más antigua del Gelasiano, ofre-

1. J. A. JUNGSMANN, S.I., *El Sacrificio de la Misa*, Madrid, BAC, 1963, pp. 689-996. F. CABROL, *D. A. L.*, s. u. canon 2, 2.ª parte. Otros historiadores del canon, en la obra citada de Jungmann, pp. 7-13.

2. F. CABROL, *art. cit.*, p. 1898b.

ce el mismo tipo para el texto que los mss. del Sacramentario Gregoriano del siglo IX ³.

La plegaria *Supra quae propitio ac sereno uultu respicere digneris*, en la forma *Super quae...* la encontramos, ascendiendo en la literatura cristiana, en el tratado *Quaestiones Vet. et Nou. Testamenti*, que probablemente es del llamado *Ambrosiaster*, del siglo IV ⁴. Pero hemos de observar, y es curioso, que en el *De Sacramentis* 4, 6, 27 (PL 16, 462-463) de San Ambrosio, del fin del siglo IV, en el grupo de plegarias del canon que abarca desde la anamnesis *Ergo memores*, hasta *quod tibi obtulit summus sacerdos Melchisedech* al que pertenecen nuestro texto en el canon romano, no se incluye dicho texto *Supra quae... digneris* ⁵. En la fórmula del *Ambrosiaster* pudo inspirarse el autor anónimo que la introdujo en el Sacramentario Gelasiano, en su recensión B, que es la más antigua suya, como hemos indicado.

Ahora bien, el grupo ritual y estilístico, *propitio ac sereno uultu*, puede tener precedentes en la literatura precristiana y pagana en cuanto a sus términos y conceptos, y acaso en cuanto a su combinación binaria. Veamos, por tanto, lo que aporta la tradición histórica y literaria sobre cada uno de los dos términos y sobre el grupo y fórmula.

PROPIITIVS

Efectivamente, desde las primeras muestras de la literatura latina aparecen *propitius* y sus derivados *propitiabilis*, *propitiare* aplicados a dioses sobre todo, pero también a hombres, y aun a cosas:

PL., *Merc.* 678-80 *Apollo, quaeso te, ut des pacem propitius... nostrae familiae, meoque ut parcas gnato pace propitius*. En *Merc.* 956 se refiere Plauto a Juno, y en *Curc.* 556 a los dioses en general con *propitius*, cuyo significado positivo y «benévolo» queda bien delimitado en oposición a *iratus* en *Amph* 933-35: *summe Iuppiter, quaeso Amphitruoni ut semper iratus sies. A, propitius sit potius*. La misma oposición de conceptos encontramos con referencia a *Venus* en *Poen.* 33-34.

El poeta LUCILIO trae la misma confrontación de valores con referen-

3. F. CABROL, *art. cit.*, p. 1866b.

4. G. MORIN, «*Revue d'hist. et litter.*», 1899, IV, 97-121.

5. He aquí el texto de San Ambrosio: *Ergo memores gloriosissimae eius passionis et ab inferis resurrectionis et in caelum ascensionis, offerimus tibi hanc immaculatam hostiam, hunc panem sanctum et calicem uitae aeternae; et petimus et precamur, ut hanc oblationem suscipias in sublimi altari tuo per manus angelorum tuorum, sicut suscipere dignatus es munera pueri tui iusti Abel et sacrificium patriarchae nostri Abrahae et quod tibi obtulit summus sacerdos Melchisedech...*

cia a los hombres en lib. XXVII (14), según Nonius, 463: *in bonis porro est uiris, si irati seu cui propitii sunt.*

Un contraste semejante nos ofrece Cíc. en *Pis.* 59 (*di*) *neque propitii cuiquam esse solent neque irati.* Y referido a hombres en *Nat.deor.* 2, 145; *Att.* 8, 16, 2.

TERENCIO, que en *Phorm.* 636 dice *propitii* de los dioses, lo contrapone a *irata* en *Adelph.* 31 aplicado a hombres: (*uxor*)*irata quam illa quae parentes propitii.*

SEN., *Nat. Quaest.* 2, 59, 4 con el mismo grupo antitético se refiere a los dioses: *Iratis diis propitiisque moriendum est.*

Saliendo de este grupo estilístico de contraposición, podemos decir de Cicerón, que además de los tres lugares citados, aplica una vez *propitius* a los dioses en las obras filosóficas (*Nat. D.* 1, 124) y otras tres en los discursos (*Diu. Caec.* 41; *Verr.* 5, 37; *Cael.* 42).

Es de importancia para nuestro caso el pasaje de VIRGILIO, *Aen.* 1, 526, aunque no emplee el término *propitius* (se dirige a Dido) *Parce pio generi et propius res aspice nostras*, que equivale en su contenido y valor a *...et propitia sis rebus nostris.*

En el pintoresco y personalista PETRONIUS se usa nuestro término cuatro veces, dos para los dioses en la fórmula *dii propitii* 60, 8; 57, 2, y dos para hombres, 58, 11; 74, 14. Más adelante hablaremos de nuevo de Petronio.

Asímismo de los dioses lo dice SEN., *Agam.* 403 *etsi propitios, attamen lentos deos (colamus).*

Con aplicación a cosas o abstracciones son escasos los ejemplos que pueden aducirse, pero que ayudan a ilustrar la historia del sentido, valor y uso del vocablo: NEP., *Dion.* 9, 6 (cod. R) tiene *propitia uoluntate* (otros codd. dan *propria* por *propitia*).

De Livio conviene señalar y recoger el 2, 10, 11 *Haec arma propitio flumine accipias.* De FLOR. 3, 10 citamos *Oceanus tranquillus et propitius.* De SEN., *Suas.* 1, *propitiis auribus accipitur*, que insinúa y sugiere el reiterado *inclina aurem tuam* de los Salmos.

FORMULAS RITUALES CON «PROPIIUS».

uolens propitius.

Este grupo precatorio era ritual entre los romanos antiguos, tanto dirigido a los dioses como a los hombres: CATON en *R.R.* 134 bis, 139, 141 emplea cuatro veces la fórmula: *Mars te precor uti sies uolens propitius mihi domo familiaeque nostrae.* La misma encontramos en PLAUTO,

Curc. 88, referida a personas *fite mihi uolentes propitiae*. Y en *Act. lud. saec.*, CIL. VI, 32323, 96. 144 (DESS. 5050) *estote fitote uolentes propitiae* (Cf. G. APPEL, *De Romanorum precationibus*, 122 ss.).

Grupo similar, pero de menos uso es el de AMM. MARC. 19, 6, 7 *orantes caeleste praesidium, ut propitium adesset et libens*. Y el del historiógrafo compilador y moralista VALER. MAX. 1, 6, 13 *diue Iuli, ueneratus oro ut propitio ac fauenti numine*. La equivalencia de *fauens* con *uolens* nos la señala SERUIUS, ad G. 1, 18 con estas palabras: *fauens pro uolens et per hoc propitius; fauere enim ueteres etiam uelle dixerunt*.

Este grupo binario asindético *uolens propitius* era ritual en la fórmula precatoria de la apoteosis, como vemos en LIU. 1, 16, 3 para la de Rómulo: *pacem precibus exposcunt, uti uolens propitius suam semper sospitet progeniem*. El mismo Livio, aplicándola directamente a los dioses, emplea 7, 26, 4 *Quod primo ut augurium caelo missum laetus accepit tribunus precatus deinde, si diuus, si diua esset qui sibi praepetem mississet, uolens propitius adesset*; 24, 38, 8 *Vos, Ceres, mater ac Proserpina, precor, ceteri superi infernique di, ...ut ita nobis uollentes propitii adsitis...* La fórmula transcrita poco ha de Valerio Máximo para la apoteosis de Iulius, es también de este tipo precatorio. SEN., *Clem.* 1, 2 habla de Nerón, que podría decirse a sí mismo: *nulla pars nisi uolente propitioque me floret* (Nero).

El mismo grupo y fórmula era ritual en las aclamaciones saluatorias a los dioses de nuevo culto en Roma, como lo describe Livio en 29, 14, 13 de la Magna Mater Idaea: *atque accenso ture precantibus ut uolens propitiaque urbem Romanam iniret* (ST. WEINSTRECK, en «Pauly-Wissowa, Real-Encycl.», vol. 23, 1, pp. 822-26).

di propitii.

Esta forma de expresión acuñada en fórmula era frecuente entre los Romanos en varias circunstancias de la vida para invocar a los dioses, o para ganarse la benevolencia de personajes: SERUIUS, ad *Aen.* 1, 730 habla de esta práctica en la cena: *Apud Romanos etiam cena edita sublatisque mensis primis silentium fieri solebat... ac puer deos propitios nuntiasset*. Recuérdese el pasaje citado de PETRONIUS, 60, 8, donde lo declara en el mismo sentido.

MACROBIO, *Sat.* 3, 9, 8 cita un carmen *quo di euocantur cum oppugnatione ciuitas cingitur*: «*Si deus, si dea est... mihi que populo que Romano militibus que meis propitii sitis ut sciamus intellegamusque*».

Como ya hemos indicado, dicha fórmula precatoria se aplicaba a los personajes en su apoteosis o en otras ocasiones: y así la *Hist. Aug.*, M.

Anton. 18, 3 dice: *senatus populusque non diuisis locis sed in una sede propitium deum dixit*. En las inscripciones encontramos, por ej., CIL. IV, 2083 *Myrtille, habias propitium Caesare*; 2380 *Luci Augustiane, ab(ias) prop(itium) Caes(arem)*; Cf. III, 12068; VI, 632 (DESS. 2610; 5084a).

NONIUS, *De Compend. Doctr.* 463 trae este importante pasaje: *propitios et homines placatos dici uetustas uoluit*, que interesa por asociar *propitios* a *placatos*, lo que sugiere la idea de «misericordia» para nuestro vocablo.

Este apelativo, tan característico de los dioses, se aplicaba con frecuencia a los dioses más íntimos y cercanos a los Romanos, los del hogar, los de la propia persona: CIL, IV, 844 *Lares propitios*. PETRON. 74, 14 *ita Genium meum propitium habeam* (Cf. 57, 2).

A ese dios cercano se le añadía el adjetivo posesivo, para denotar mayor relación íntima: NAEU. 70 R *deo meo propitio meus homo est*. CIL, IV 1679 *habeas propitios deos tuos tres ite(m) et qui leges*. En los vasos que se regañaban se inscribía a veces: *Iouem... propitium* (CIL XII, 5687); VI, 30973 *Intrantibus hic deos propitios et Basilicae Hilarianae*. También se encuentra en inscripciones funerarias, CIL, VI 2335 *uos uiatores habeatis deos propitios* (WEINSTRECK, art. cit.).

La fórmula no es ajena a las inscripciones funerarias cristianas: DIEHL, *I.L.Ch.* V., 35, 7; 797 adn.; 773; 129 *infelicissima mater... que si deum propitium habuisse*. En fin, *di propitii*, como fórmula fijada y ritual la registraron los Glosarios latinos medievales, como equivalente al gr θεοὶ ἰλαοί

Al pasar a las versiones latinas de la Biblia, a la Vulgata especialmente, donde se encuentra 32 veces usado *propitius* y aplicado siempre a Dios (sólo dos veces del N. T.), cambia el estilo, pues no se combina formando ninguno de los grupos y fórmulas que hemos visto en los autores paganos. En cambio, sí que llevan con frecuencia las frases bíblicas como determinantes o complementos, *peccatum*, *iniquitas*, precisando la idea de *propitius* con la *misericordia*, pensamiento que en el canon de la misa se conjuga también con *propitius*, como en el *da propitius pacem in diebus nostris, ut ope misericordiae tuae et a peccato simus semper liberi...* del embolismo, en el *sit, te miserante, propitiabile*, de la última oración *placeat*.

Ante el significado, sentidos y valores de *propitius*, que nos ofrece su tradición literaria e histórica, viene a propósito la cuestión, para aclarar y precisar su sentido, del origen etimológico. WACKERNAGEL, siguiendo a

Bopp ⁶ lo deriva de *prope*, como relacionado con *adesse* en cuanto al sentido, a juzgar por pasajes como PL., *Amph.* 1064s; LIV. 7, 26, 4; 24, 38, 8. En este caso habría que suponer un ahistórico **propis*, -e, y *propitiuus* sería a *propis*, como *sodalitius* a *sodalis*; y aún apoya esta comparación el ejemplo de Virgilio, *Aen.* 1, 526, ya citado, donde *propius* parece insinuar el origen morfológico y semántico de *propitiuus*, si se compara con el texto del canon, *propitio ac sereno uultu respicere digneris*. Por su parte WALDE-HOFMANN (s. u. *propitiuus*) lo relaciona y deriva de la misma raíz de **propetere* (como hay un *prae-pes*, -etis, pudo haber un **pro-pes*, -etis).

Por su analogía con *nu-men* y *pro-nus*, que implican en su contenido un gesto o movimiento de inclinación o condescendencia, es más aceptable y probable la hipótesis del segundo. Incluso le favorece la relación semántica muy marcada de *propitiuus* con *clemens*, que de origen también significa «inclinado» ⁷, y de ahí que OVIDIO diga en *M.* 9, 106 *clemens amnis*, y CURT, 5, 3, 2 *clementiore alueo*, que está en perfecta consonancia con la expresión de LIU., ya alegada, 2, 10, 11 *Haec arma propitio flumine accipias*. Y recuérdese a este respecto lo ya sugerido por el texto de SEN., *Suas.* 1, *propitiis auribus* y la repetida fórmula de la Biblia, en Salmos sobre todo, *inclina aurem tuam*.

SERUIUS, *Aen.* 1, 733 sostiene que la fórmula *uolens propitiuus* es de origen etrusco; pero no es segura tal opinión, como lo ve Obzscha en *Agramer Mumienbinde* 66 ss. Habría que decir que más relacionada estaría con el umbro, *futu fos pacer pase tua* (=sis fauens pacatus pace tua) *Tab. Iguv.*, VI A 30, 33, 40, etc. Cf. a este propósito PL., *Merc.* 953; *Trin.* 837; LIU. 1, 16, 3; 28, 34, 10 (WEINSTRECK, *art. cit.*).

En el mismo canon romano se da la combinación de las fórmulas de *propitiuus* con *pax*, como en el citado embolismo *da propitiuus pacem in diebus nostris*.

Es de tener en cuenta que así como el verbo *propitiare* ya existe desde Plauto, que los usa cuatro veces, y *propitiabilis* desde Ennio (*Ccm.* 6), el latín de los cristianos ha desarrollado ampliamente las formas derivadas de *propitiuus*; *propitiatio*, *propitiator*, *propitiatus*, -us desde la versión Vetus de la Biblia; *propitiatorium* desde S. JERONIMO, *Ep.* 22, 4 por ej. y S. AMBROSIO, *Ep.* 4, 4.

Recogiendo por tanto los sentidos, valores y rasgos caracterizantes que la tradición atribuye a *propitiuus*, hemos de interpretarlo como in-

6. J. WACKERNAGEL, *Vorlesungen über Syntax*, II, Basel 1957, p. 162.

7. J. CAMPOS *Indoeuropeísmo latino*, «Helmantica» 26, 1957, 190-191.

cluyendo las ideas de «inclinación y acercamiento del espíritu» y de ahí, la idea precisa de «benévolo y misericordioso».

SERENVS

En la fórmula del canon a *propitius* se le agrupa *serenus*. ¿Es sinónimo o doble el segundo del primero? De ninguna manera. Nos lo va a demostrar su historia y tradición desde sus usos primeros.

Así como *propitius* aparece desde sus inicios en la literatura como término religioso ritual, es decir, como vocablo en su forma y acepción completamente definido y acuñado, *serenus* muestra un origen agrícola y metereológico, que se poetiza en metáfora aplicada a la luz del espíritu y rostro humano, y se personifica y mitifica en *Júpiter Serenator* (APUL, *de mundo*), opuesto a *Júpiter fulgurator, tonitrualis, fulminator*, como *serenus* se opone a *nubilus, imbricus*. Bajo tales conceptos se aplica por prosistas y poetas a *aether, caelum, aer, dies, lux, nox, mare, horae, tempestas*; y figurativa y metafóricamente, a *frons, mens, animus, ingenium, rex, a uoltus* sobre todo, donde brilla la luz del espíritu.

Valor propio y literal / valor figurativo y metafórico.

En PLAUTO se contraponen la idea de *serenus*, es decir, la claridad y limpidez del viento favonio a la humedad del auster: *hic fauonius serenust, istic auster imbricus* (Ci. 557).

LUCRECIO lo aplica a *lumen* 2, 150; a *sidera* 4, 213; a *caelum* 6, 247. En los tres lugares indica el resplandor sin manchas, ni nubes.

CICERON en *Tusc.* 3, 31 forma el grupo *tranquilla et serena* con *frons*; en *Rep.* 1, 23 *quod serena nocte subito... plena luna defecisset*; en *Diu.* 2, 82 *tonuit laeuum bene tempestate serena*. Aquí *tempestas* es *caelum*, «clima». En *Epist. Fam.* 16, 9, 2 lo dice de *caelum*.

En los poetas es más frecuente, y es interesante observar a qué fenómenos o elementos lo refieren: VIRG., *Aen.* 6, 707 a *aestas*; *G.* 1, 100 a *hiems*; a *caelum* en *G.* 1, 260: 487; *Aen.* 3, 518; 5, 851; a *lux* en *Aen.* 5, 104; a *nox* en *G.* 1, 426; a *nubes* en *G.* 1, 461; a *pars* *Aen.* 9, 630; a *regio* *Aen.* 8, 528; a *caelum* y *pelagus* en *Aen.* 5, 870; a *uer* *G.* 1, 340. Y el ejemplo más importante para nuestro caso el de *uoltus*, *Aen.* 2, 285, *quae causa indigna serenos foedauit uoltus?* («hermoso, resplandeciente»).

De las tres veces que lo usa HORACIO, dos va con *caelum* *S.* 2, 4, 51;

Epd. 15, 1, y otra con *uoltus* C. 1, 37, 26 *ausa et iacentem uisere regiam / uoltu sereno* («tranquilo»).

De OVIDIO recogemos en *F.* 6, 718 *et cinget geminos stella serena polos* («pura, limpia»); y *Trist.* 1, 1, 39 *carmina proueniunt animo deducta sereno*; *Pont.* 2, 2, 63 *serenus erit ille* (persona); y *Trist.* 1, 5, 7 *uoltu ridet Fortuna sereno* («alegre, risueño, benigno»).

PHOEDR. 4, 16, 5 *Faciem ad serenam subito mutatur dies*.

El poeta LUCANO lo toma en sentido propio y metereológico en 1, 58 con *aether*; 1, 530 y 6, 516 con *caelo*; 5, 700 con *dies*. Y con aplicación figurada a *uoltus* en 4, 363 *et Caesar facilis uoltuque sereno / flectitur*. También lo tiene con *parte* en 6, 804 y con *Phoebe* (la luna) en 6, 500.

El neoclásico Silio Itálico lo emplea diez veces, entre ellas con *imperio*, en 14, 80; con *mente* en 16, 191, y especialmente con *uoltu* en 16, 233 *uoltuque sereno / Scipio contendit Massyli ad limina regis*. Los demás son de sentido propio con *caelum*, *nox*, etc.

El satírico claudiano Persio lo tiene una vez con *uox* en 1, 19.

MARCIAL, el epigramático, lo emplea para caracterizar a Júpiter benigno y apacible: 5, 6, 9-10 *nosti tempora tu Iouis sereni, cum fulget placido suoque uultu*; y en 9, 24, 3 lo dice de la estatua de Júpiter, que también truena sin nubes: *haec sunt Iouis ora sereni; sic tonat ille deus cum sine nube tonat*. Este epíteto de Júpiter pudo inspirar el título de *Serenissimus* dado a los emperadores, *Iust. Cod.* 5, 4, 23, etc.; GREG. M., *Ep.* 4, 20.

Tácito, prosista poetizante, lo usa con *lux* en *H.* 4, 53, 6 (=sereno caelo), y con *dies* en *H.* 1, 86, 4 *sereno et inmoto die*.

SUETONIO, *Aug.* 79, 2 *Voltu erat uel in sermone uel tacitus adeo tranquillo serenoque...* El grupo binario enlazado por *-que* señala claramente una hendíadis.

Entre los poetas cristianos Prudencio maneja este epíteto con habilidad y variedad: con *lux* en *C.* 6, 51; con *tempestas* *S.* 2, 1013; con *aedes* *Per.* 10, 347; con *polum* *H.* 86. En sentido metafórico lo aplica a *mens* *S.* 2, 332; a *frons* *Per.* 5, 127; a *gaudium* *Per.* 10, 712; a *ingenium* *H.* 545; a *rex* *C.* 7, 4 *festumque nostrum rex serenus aspice*; a *uoltus* *C.* 2, 68 *tu, rex Eoi sideris, / uoltu sereno inlumina*.

En las versiones latinas bíblicas no existe el adjetivo *serenus*. En la Vulgata solamente aparece tres veces (*Ex.* 24, 10; *Eccli.* 3, 17; *Mat.* 16, 2) *serenum* como sustantivo, transcripción del gr. εὐδία con el valor metereológico de «calma, buen día, despejado». En cambio sí que nos dan los salmos el pensamiento fundamental e idea dominante de la frase, en sentido figurativo, la mirada de Dios, resplandeciente de paz y complacencia sobre el hombre, como un germen conceptual, del que nuestro

grupo litúrgico puede ser eco lejano; así en *Ps.* 30, 17, donde la Vulg. dice *illustra faciem tuam super seruum tuum* (la vers. romana antigua es idéntica, la del hebreo de San Jerónimo da *illumina* por *illustra*), la versión moderna de Pío XII trae *serenum praebe uultum tuum seruo tuo*. Y el *Ps.* 66, 2 de la Vulg. *illuminet uultum suum super nos* (lo mismo la romana antigua, la del hebreo Jeronimiana dice *illustret*), se interpreta en la de Pío XII, *serenum praebeat nobis uultum suum*.

En consecuencia de lo expuesto, el término *serenus* no es vocablo religioso, ni bíblico, ni específicamente cristiano. Es un término poético de toda la tradición literaria latina, primero con valor propio metereológico, y después con valor psicológico por aplicación metafórica. Recoge pues la idea de «ausencia de perturbación, de ira, con rasgos de «pacífico» y «complaciente».

Deducciones.

Estudiados ya por separado cada uno de los términos de la frase y fórmula, y conocidas su frecuencia, aplicación e importancia en la corriente de la tradición literaria y sociológica, falta la última cuestión a este respecto: la agrupación de los dos vocablos que ha dado la fórmula litúrgica del canon, tal como la encontramos en el Ambrosiaster del siglo iv. No la hemos encontrado en toda la tradición precristiana. ¿Habrá que decir por tanto que es propia del latín cristiano y litúrgico? En cuanto a su forma precisa y acuñada, el autor anónimo no ha hecho más que acoplar términos religiosos y poéticos bien conocidos y usados en las preces invocatorias de ritos y poemas de la literatura precristiana, dirigiéndolos a la Majestad del Dios único y verdadero en la oblación del auténtico y divino sacrificio ⁸.

Puestos a dar una interpretación-traducción de la invocación precatoria donde entra el grupo binario estudiado:

Supra quae propitio ac sereno uultu respicere digneris, creemos ser buena la siguiente:

«y sobre estas ofrendas dignate echar una mirada misericordiosa (benévola) y complaciente».

J. CAMPOS

8. El pasaje de Lucano 4, 363 *facilis uultuque sereno* es el grupo más próximo al nuestro litúrgico.

Reflexiones previas a la traducción de Tácito*

Empezamos por plantear los siguientes interrogantes:

- 1.º ¿Merece la pena traducir a Tácito?
- 2.º ¿Es posible traducir a Tácito con autenticidad?
- 3.º ¿Dónde radican las dificultades de su traducción?

No todos los autores antiguos tienen los mismos valores intrínsecos para merecer de por sí el esfuerzo de una traducción, aunque siempre convenga al literato, al filólogo o al especialista leerlos y comprenderlos. A este respecto no podemos poner en el mismo plano de valor la Eneida de un Virgilio, que los *Collectanea* de un *Iulius Solinus* o un *Apicius de re coquinaria*. En cuanto a Tácito, la acogida que tuvo de sus contemporáneos y el consenso de humanistas y filólogos desde el Renacimiento para acá en grado creciente, proclaman bien alto sus méritos sobrados —historiográficos y literarios— para exigir la enorme tarea de traducirlo. Y con esto se satisface al primer interrogante.

Lo que vamos a decir a continuación dará respuesta más o menos cabal a los otros dos.

I

Mucho y bueno se ha dicho y escrito por competentes y experimentados latinistas y filólogos sobre los principios lógicos, psicológicos y didácticos y sus aplicaciones a la traducción de las lenguas clásicas¹.

(*) El resumen de este trabajo se pronunció como Comunicación en el III Congreso de Estudios Clásicos, celebrado en Madrid en marzo de 1966.

1. Cf. por ejemplo, C. BARDT, *Technik des Übersetzens lateinischer Prosa*, Leipzig, Teubner, 1904. — U. WILAMOWITZ-MÖLLENDORFF, *Was ist übersetzen*, en «Vermischte Schrif-

No vamos a repetirlos aquí. Solamente brindamos unas reflexiones o meditación breve sobre puntos fundamentales y orientadores.

No es lo mismo, ni equivalente «comprender» que «traducir» un texto. «Comprender» es hablar por medio de conceptos con uno mismo, pero con ideas y términos de la lengua propia, que es la secundaria, con términos vagos, difusos, sin contornos definidos. «Traducir» en cambio, es definir y encarnar en términos propios las ideas pensadas y encarnadas en otro cuerpo o términos. El efecto del «comprender» es el *uerbum mentis*, mientras el de «traducir» es el *uerbum oris*, que debe adecuar a aquél. La comprensión o ideación viene a ser el alma del producto de la traducción, que es un compuesto quasi consustancial de esa alma y de una nueva forma corpórea. Es pues la operación de traducir un «concorporar» el pensamiento y espíritu del autor con otro cuerpo, pero sin perder su identidad; algo así, como una «palingenesia» del alma del autor. Con razón puede afirmarse que el lenguaje humano es el reflejo, la *responsio*, la transcripción —digámoslo así— más fiel en sus manifestaciones externas del compuesto humano, del hombre integral.

De ahí la dificultad, casi insuperable, de una auténtica traducción o *interpretatio*. Hay que volver a repensar las ideas originales, pero sin desustanciarlas, es decir, sin salirse de su propia comprensión y extensión, con su misma densidad, con su misma dosis, con sus mismos límites; y luego encarnarlas en términos externos que definan sin defecto, ni exceso tales propiedades. Consiste en algo más que en verter en nuevo molde el mismo contenido, como suele decirse por comparación metafórica, porque el contenido y el molde no se funden en un producto consustancial, de por sí inseparable.

Cada lengua —todos bien lo saben— tiene su propio genio y organización mental innata, elaborada a través de siglos por distintos factores confluente, es decir, tiene sus modos de densificar, dosificar y limitar las ideas en sus codeterminaciones expresivas. De donde se deduce que cuanto mayor sea la distancia en genio, en tiempo, en situación histórica, en sistema lingüístico, en uso vivo, mayor será la dificultad para esa transferencia concorporativa de la primaria u original a la secundaria. Por la misma ley ha de pensarse que cuanto más personal y de caracteres más individuales se presente la lengua de un autor, en ideas, desarrollo

ten» I, Reden und Vorträge, Berlin, Weidmann, 1913. — CAUER, *Die Kunst des Übersetzens*, Weidmann, Berlin, 1909. — J. ECHAVE SUSTAETA, *Ciencia y arte de la traducción*, en «*Helmántica*» 16 (1954) 29-40. — L. GIL FERNÁNDEZ, *La enseñanza de la traducción del griego*, en «*Estudios Clásicos*» 13 (1954) 324-340. — J. MAROUZEAU, *La traduction du latin*, Paris, Les Belles Lettres, 1951. — J. JIMENEZ DELGADO, C.M.F., *La traducción latina*, Madrid, 1955.

y estilo, mayor obstáculo y resistencia opondrá a una nueva reencarnación o traducción.

La operación de traducir tiene de ciencia y de arte; más de aquella que de éste. Presupone serios conocimientos filológicos y de lengua, a la par que gusto o sentido de selección de recursos en la lengua secundaria; es por tanto una práctica o técnica con un método lógico y racional, que ha de practicarse para aprenderlo y manejarlo.

Todo método de traducción para que ésta sea interpretación auténtica debe estar inspirado y dirigido por el sentido histórico y concreto en que se escribió el texto primario, tratando de reproducir su ambiente, tono, color, su originalidad y mantener de ese modo su propia personalidad, para que produzca en el lector una impresión idéntica o muy aproximada a la del original en los suyos.

Los recursos instrumentales, fundamentales y decisivos del método de traducción son, en primer lugar, el conocimiento profundo, concreto, particularizado del léxico, de la sintaxis, del estilo del texto primario, y paralelamente y en el mismo orden los de la lengua secundaria.

Tal conocimiento en sus aplicaciones bien delimitadas por el autor es de lo más importante respecto al léxico; es donde por ignorancia de los detalles concretos históricos se desdibuja y esfuma en muchas traducciones el verdadero sentido, intención y propósitos del autor —luego lo veremos en Tácito—. Aun los vocablos y frases generales para nuestra mentalidad, tales como *res, magna, multa, publica, habere imperium, posuit nomen*, deben pormenorizarse recurriendo al contexto, al paratexto, a la historia interna de las instituciones de la época, a la historia externa de los hechos, a lo que se llama *realia*, y a los usos propios y personales del autor, sin olvidar la fase de desarrollo de la lengua en la época en que escribe. Un literalismo parafónico, ni parasemántico entre dos lenguas tan diferentes en el sistema y carácter y en el uso hablado, no puede ser por lo general solución de su equivalencia auténtica y exacta.

La cadena sintáctica, que, ya sabemos, marca los pasos, la línea e inflexiones del pensamiento y organización mental del autor, debe mantenerse no sólo en su sentido, sino en lo posible en el desarrollo de sus elementos y miembros. El estilo, que es selección de toda clase de recursos de forma y de fondo mantiene el tono, el color, el ambiente literario de la obra, imprimiendo el sello de la personalidad del autor.

II

Centrándonos ya en Tácito, los problemas que suscita su *interpretatio* radican, a nuestro juicio, en su compleja originalidad y personalidad. Esta personalidad de escritor e historiógrafo está hipercharacterizada por la profundidad de su pensamiento y el vigor de su expresión y estilo, pero con la particularidad que ideas y estilo, fondo y forma, menos que en otros autores, no pueden separarse, porque se desintegraría la esencia, la persona del escritor.

No entra aquí en nuestra consideración y para nuestro objeto el problema historiográfico, que atañe al fondo de su veracidad y parcialidad, y que no actúa directamente sobre las cuestiones de traducción. A éstas interesan, porque las predeterminan y orientan, qué piensa Tácito y cómo transmite su pensamiento.

Hay una prueba bien sencilla para medir y justipreciar la hondura especial e impresionante del pensar de este escritor. No hay más que leer de antemano la prosa transparente y limpia de un César, y la reposada y serena de otro historiador, como T. Livio, y parar después la atención en una lectura de los Anales de Tácito. Si en los anteriores el espíritu se siente amena y noblemente satisfecho con la información y conocimiento de los hechos, en éste queda absorto y sobrecogido por la trama de las raíces de los hechos, y siente el peso de sus causas, a la par que contempla la mirada los rasgos vivos de los actores de los sucesos, invitándole a íntimas meditaciones.

El mismo medita investigando los motivos y causas de los hechos, analizando el corazón de sus agentes, y los sentimientos y opinión de la colectividad. Su Historia hace pensar, porque a la introspección del análisis psicológico, a la hondura filosófica, a la complejidad del drama que presenta, al brillo poético, une la parquedad de expresión, que da más ideas que palabras. De ahí la meditación que exige para comprenderlo. Y tanto más razonador y filósofo se muestra, cuanto que él, hombre recto, con mucho de la actitud y doctrina de Séneca, al escudriñar los senos de la conciencia de los malvados, que cree descubrir en sus actos, siente una tan honda e íntima repugnancia por el mal, que le lleva a un amargo pesimismo, y a expresar su indignación en frases y términos cargados de intenso significado, o de sutil y penetrante ironía, que sube a veces hasta lo sarcástico. Solamente quiero citar aquí dos pasajes donde se revela ese amargor y pesimismo: En An. 4, 32 se lamenta de la materia y época que le toca historiar con estas melancólicas palabras: «La mayor parte de los hechos que he relatado y relataré, no

ignoro que parecerán insignificantes y poco dignos del recuerdo posterior; pero nadie podrá comparar nuestros anales con los escritos de los que compusieron la historia antigua del pueblo romano. Estos podían narrar grandes guerras, asedios de ciudades, las derrotas y cautividad de reyes, y en lo interno, las discusiones de cónsules, y del tribuno, las leyes agrarias y frumentarias, las luchas del pueblo y de los poderosos, y esto con libertad de pluma; nosotros en cambio tenemos una tarea restringida y sin gloria, puesto que en este tiempo había una paz inmutable o poco movida, los negocios de Roma de triste aspecto, y el príncipe sin preocupación de extender el imperio»². Más amargura y melancolía rezuman los sentimientos del c. 16, del libro 16: «Aun cuando relatara guerras externas, y muertes sufridas valerosamente por la patria, tal uniformidad de sucesos me harían experimentar la saciedad, y no esperarí de los demás más que el fastidio ante la narración de tantas muertes honrosas de ciudadanos sin duda, pero tristes y continuas. Pero ahora, esta sumisión servil, tanta sangre derramada en la paz quebrantan al alma y encogen agriamente el corazón»³.

Y no digamos si hay ironía punzante en el c. 7 del libro I, cuando traza un maravilloso cuadro del servilismo de todos los romanos a los pies del nuevo príncipe Tiberio: «En Roma todos corrían en tropel a la esclavitud, cónsules, senadores, caballeros, cuanto más ilustres, tanto más hipócritas y apresurados, y con gesto estudiado... mezclaban lágrimas con gozo, lamentos con adulación»⁴. Y la ironía maligna queda bien de relieve en el párrafo 11 del mismo capítulo con aquellas intencionadas palabras, hablando de Tiberio: «Después se supo que (la vacilación que aparentaba) era para penetrar las intenciones de los poderosos; pues en efecto, a las palabras y miradas de éstos les daba torcida interpretación, que reservaba en el fondo de su memoria»⁵.

2. *Pleraque eorum, quae rettuli quaeque referam, parva forsitan et levia memoratu videri non nescius sum: sed nemo annales nostros cum scriptura eorum contenderit, qui veteres populi Romani res composuere. Ingentia illi bella, expugnationes urbium, fusos captosque reges, aut si quando ad interna praeverterent, discordias consulum adversum tribunos, agrarias frumentariasque leges, plebis et optimatum certamina libero egressu memorabant: nobis in arto et inglorius labor; immota quippe aut modice lacessita pax, maestae urbis res, et princeps proferendi imperi incuriosus erat.*

3. *Etiam si bella externa et obitas pro re publica, mortes, tanta casuum similitudine memorarem, meque ipsum satias cepisset aliorumque taedium exspectarem, quamvis honestos civium exitus, tristes tamen et continuos aspernantium: at nunc patientia servilis tantumque sanguinis domi perditum fatigant animum et maestitia restringunt.*

4. *At Romae ruere in servitium consules, patres, eques. Quanto quis inlustrior, tanto magis falsi ac festinantes, uultuque composito, ...lacrimas gaudium, questus adulationem miscebant.*

5. *Postea cognitum est ad introspiendas etiam procerum voluntates inductam dubitationem: nam verba vultus in crimen detorquens recondebat.*

Se explica que ese pesimismo y melancolía ensombreciera y ennegreciera la realidad histórica. Eran por otra parte a la sazón sentimientos de moda en las almas nobles, como Lucano y Juvenal, ante la situación de la sociedad y de la política, y que en manos de escritores tan vigorosos y estilistas como Tácito, sirvieran más para el drama y el arte, perjudicando quizá a la historia.

Esta misma complejidad y sutileza de sentimientos, presentan grave dificultad para reproducirlas con su mismo peso, penetración y hondura en una traducción.

Pero la mayor dificultad para comprender y apoderarse del pensamiento y psiqué de Tácito la ofrece la expresión y enunciado de su estilo. Este estilo tacitano es, efectivamente, nuevo, excepcional, sorprendente, impresionante. Pero, ¿es ése el objetivo de nuestro escritor? Si así fuera y pretendiera agradar más que instruir, y hacer del estilo simple o preferentemente el ornato del pensamiento, hubiera introducido en él los juegos de palabras parafónicos o parasemánticos, y las rarezas y novedades de un Petronio o de un Apuleyo. Su intención y propósito es dar por medio de los recursos más vivos y pictóricos de expresión a las ideas y a los hechos su pleno valor lógico y estético. Si quiere producir la impresión de un drama, prefiere con todo enseñar con los hechos y cuadros vivos cómo es la historia de los hombres.

Una traducción auténticamente interpretativa del pensamiento de Tácito, prerrequiere conocer su texto y expresión. Y éstos no pueden captarse fundadamente sin comprender, como en todo autor antiguo, su léxico, su sintaxis y construcción, y su enunciado y estilo.

No tratamos aquí de exponer un análisis de la lengua y estilo de nuestro autor, cosa bien estudiada y conocida. Pero sí de señalar algunas observaciones y puntos relevantes, que a veces traductores inexpertos o desaprensivos descuidan y olvidan.

Hemos dicho anteriormente, que la originalidad de Tácito proviene además de su profundidad de pensamiento, de su estilo personal; y éste a su vez depende de dos cualidades intrínsecas, el vigor y el brillo; el vigor resulta más importante y sus elementos esenciales son la justeza y propiedad de los vocablos, y la concisión. Ahora bien, esa propiedad sustancial en Tácito de la justeza y exactitud de los términos no son perceptibles, ni se hacen sensibles, sino cuando se conoce su valor y significado preciso, histórico, tacitano, porque nuestro historiador es un innovador de formas y sentidos, y hasta de construcciones sintácticas. Esto exige ineludiblemente el conocimiento de las instituciones de su siglo y de la evolución y situación de la lengua en la propia época del autor. Neologismos como *sanctor (legum)* (Ann. 3, 26), «legislador cons-

titucional», que aplica a Servio Tulio; neosemantismos como (artissimo) *diuortio* (Ann. 12, 63, 1) con acepción de «estrecho», dicho del canal del Bósforo trácico; el uso y valor especial de *muliebri impotentia* (Ann. 4, 5), «intemperencia mujeril», que dice de Livia; las diversas caracterizaciones que hace de *facinus* en sentido bueno, malo o indiferente, no pueden precisarse con exactitud, sino teniendo bien en cuenta los usos de la época, y los tacitianos en sus diversas obras, que van cargados de sentidos densamente históricos y hondamente psicológicos.

El segundo rasgo del vigor del estilo tacitano, la concisión, junto con la variedad, se refiere a la construcción sintáctica. La cadena y enlace de ésta marca el paso y es guión del pensamiento del autor, pero no traza todo su desarrollo. Efectivamente, toda la construcción y cadena sintáctica queda determinada y precisada por el valor de los nexos de sus miembros, de parataxis e hipotaxis, expresos o elípticos; pero Tácito por mor de sus recursos y alardes de concisión y variedad, acude a los subsidios braquilógicos, de que es capaz su lengua urbana. Para su aplicación echa mano de las formas de frase más abreviantes y pregnantas, como la aposición predicativa del adjetivo, del participio neutro, del participio coniunctus, de predicativos preposicionales y adverbiales, todas las cuales son reducciones de las proposiciones relativas plenas o desarrolladas. Hace asimismo gran uso del ablativo modal, causal, instrumental, quedando a veces la duda, si ha querido expresarlo y construirlo directamente, o en forma de ablativo absoluto, que son la mayoría; en todos estos giros condensados debe atenderse con esmero a la naturaleza del nexo, causal, condicional, concesivo, consecutivo, que las une al pensamiento principal. Aun en las formas desarrolladas elide con máxima frecuencia los nexos, como en las transiciones de cuadros descriptivos, quedando con ello más vivos y resaltados los rasgos del pasaje, y dejando al lector el placer de ahondar y adivinar su pensamiento. La asíndesis en estos casos es gran recurso de concisión. Como ejemplo de algunos de tales procedimientos, citamos el An. 16, 5, 3 donde reúne en cuatro palabras tres tipos de formas abreviantes: ablativo absoluto, predicado adverbial, y predicado participial: *multis palam, pluribus occultis*: «porque había muchos a la vista, pero muchos más ocultos», donde además está resaltado el contraste por la asíndesis adversativa y en paralelismo, debiendo interpretar el nexo del ablativo absoluto como causal.

Así se explica, que por desconocimiento unas veces de los valores especiales del léxico, y de las cualidades sintácticas de Tácito, por distracción o defecto de reflexión otras, haya traducciones como las de Manuel Sueyro, la de Alamos de Barrientos, la de Carlos Coloma, que, sin ne-

garles sus excelentes cualidades de inteligente fidelidad y de elegante estilo castellano, adolezcan de interpretaciones erróneas o descuidadas, que deslucen y rebajan sus méritos humanísticos y clásicos ⁶.

Las dificultades de traducción para captar su estilo y reproducirlo se acrecientan, si se quiere mantener el brillo poético, iluminado por las potentes metáforas y vivas personificaciones, por la presión hiperbólica de vocablos intensos, que revelan la conmoción de su alma; y más aún, si se quiere envolverlo todo en el ambiente dramático, en el colorido descriptivo y pictórico, que responden a la sutileza del pensamiento, a la sensibilidad artística, al virtuosismo estilístico del autor.

Con todo, a pesar de los inconvenientes y dificultad de la tarea, no hay duda que se puede traducir con sabor de autenticidad a Tácito, pero a condición de meditar madura y reiteradamente sus ideas y trasfondo, y de estudiar sobre base filológica y literaria todos los valores de expresión, elementos ambos, fondo y forma consustanciales en él. A Tácito hay que interpretarlo por el mismo Tácito; porque de él más que de otros autores de la Antigüedad Romana puede decirse con derecho que el autor es su estilo.

J. CAMPOS

6. Cf. FRANCISCO SANMARTI BONCOMPTE, *Tácito en España*, Barcelona, 1951, pp. 60-96.